

## "HISTORIA DEL GUERRERO Y DE LA CAUTIVA" DE BORGES: TENTATIVA DE CODIFICACIÓN DE UN LENGUAJE "AMERICANO"

ARTURO ECHAVARRÍA FERRARI

La crítica ha señalado en los últimos años con alguna frecuencia que Borges inicia su carrera de escritor como teórico de la literatura. Junto a los poemas juveniles aparecen los conocidos manifiestos. Y los fundamentos de esa indagación teórica consisten en una activa exploración de la naturaleza y límites del lenguaje mismo. Quien innova en literatura ha de hacerlo hurgando en las raíces de las posibilidades y limitaciones de la lengua. En su artículo "Borges y el lenguaje," Ana María Barrenechea apunta certeramente al hecho de que el joven escritor ávido de acuñar nuevas experiencias en literatura es consustancial con el joven hispanoamericano que se afana por plasmar lo que él mismo llamará "el idioma de los argentinos." Años después, Borges abandona la tentativa de escribir en esa lengua que él califica de "deliberada y molestamente criolla" para optar progresivamente por la admirable escritura, tersa y límpida, que caracteriza sus obras de madurez. En el contexto de ese estilo maduro, la profesora Barrenechea concuerda con Borges al afirmar que fue en páginas como el "Poema conjetural," "limpio de todo pintoresquismo," que le fue dado a Borges encontrar el "sabor de la patria."<sup>1</sup>

Por otra parte, Emilio Carilla, en su minucioso análisis del "Poema conjetural," ve allí inscrita una particular apreciación de la historia argentina, con claros ecos de Sarmiento, en el "destino" de Francisco Narciso Laprida, el "culto" asesinado por los "gauchos," muestra evidente de la sangrienta contienda entre "civilización y barbarie." El profesor Carilla anota, además, que Borges recoge "con lacónismo pero con certeza," mediante un léxico que ya suele asociarse ("labyrintho," "arrabal," "clave," "secreto") "rasgos de una época y una vida" en cierto modo crucial en los anales de la historia patria.<sup>2</sup>

Nosotros consideramos que el relato "Historia del guerrero y de la cautiva" se constituye como uno de los ejemplos más logrados de esa clara y persistente vocación de Borges como escritor americano. Allí se vinculan la tentativa de innovar en un lenguaje cuyos referentes sean en una medida limitada "americanos," un lenguaje que registre, con sus representaciones concomitantes, una experiencia de nuestra América, pero libre de rasgos criollos y pintorescos. Allí también se encuentra inscrita—como en el "Poema conjetural"—una visión de la historia de América. Pero esta visión, en la "Historia del guerrero . . .," no opone meramente, como podría parecer a primera vista, la civilización a la barbarie, sino que señala los procesos que median en la constitución de nuevas culturas nacionales, no sólo en América, sino en todo el mundo civilizado. Para llevar a cabo ese proceso, Borges se sirve de las capacidades alusivas y representativas de todo lenguaje. El escritor parte de la idea de que la comunicación eficaz a través del

lenguaje sólo se cumple si éste [el lenguaje] está fundamentado en un *pasado compartido*. Recordemos lo dicho en el prólogo de *El informe de Brodie*: "Cada lenguaje es una tradición, cada palabra un símbolo compartido . . ." Partiendo de esta concepción—que en estudio aparte, indicamos, proviene del filósofo del lenguaje centroeuropeo Fritz Mauthner<sup>3</sup>—, Borges intenta transcribir (fijar definitivamente a través de la lengua escrita) un hecho insólito y único en su historia personal: el encuentro de su abuela inglesa con una india en los confines del desierto argentino. Pero al hacerlo, con la lúcida maestría que le es habitual, al mismo tiempo "codifica," establece a través de la escritura, los fundamentos de un pasado compartido más amplio, que además de aludir a la experiencia de vida de frontera en la América del Sur a fines del siglo pasado, también alude a los procesos que median en la estructuración de nuevas culturas nacionales y, sobre todo, la función de la letra escrita (la escritura), y de quien la ejerce, en la fijación y comprensión de esos procesos históricos. Así, Borges se inserta no sólo en la tradición de otros historiadores que vivieron circunstancias análogas (tales como Pablo el Diácono, de quien hablaremos más adelante), sino que se inserta en el proceso mismo de la historia a secas.

Pasemos, ahora, a la narración. Antes de proseguir, sin embargo, convendría resumir brevemente la trama.

El relato está escrito en primera persona, en esa primera persona que designa a Borges mismo. El narrador cuenta las historias—en un principio habría que emplear el plural—de un bárbaro lombardo del siglo VI o el siglo VIII (Borges indica que las fechas son inciertas) en la península itálica y de una inglesa entregada a la vida del desierto argentino. Borges obtiene la historia del bárbaro Droctulf de una abreviación que hizo Croce (en *La poesía* [Bari, 1942]) de un texto de Pablo el Diácono, historiador medioeval de los lombardos, que, a su vez, se nos da a entender, contiene un epitafio que los habitantes romanos de Ravena grabaron en la tumba de Droctulf:

Contempsit caros, dum nos amat ille, parentes,  
Hanc patriam reputans esse, Ravenna, suam.

(Despreció a sus padres queridos [entiéndase: a su tribu], porque nos ama, / Tomando a Ravena por patria suya.)

De esta abreviación de abreviaciones parte Borges para relatar el caso del germano. Durante el asedio de Ravena por los lombardos, Droctulf, impulsado por razones misteriosas, decide abandonar los suyos y morir defendiendo la ciudad romana del ataque de su tribu. De ahí, el epitafio: "contempsit caros, dum nos amat ille, parentes . . ." Y que Borges, a su vez, transmite en las brevísimas palabras: "Tal fue la historia del destino de Droctulf, bárbaro que murió defendiendo a Roma . . ." (A, p. 47).

Borges obtiene la historia de la "cautiva" de labios de su abuela inglesa. Para 1872, escribe el narrador citando a su abuela, el abuelo Borges era "jefe de las fronteras Norte y Oeste de Buenos Aires y Sur de Santa Fe . . . la comandancia estaba en Junín . . ." "Alguna vez," continúa Borges, "entre maravillada y burlona, mi abuela comentó su destino de inglesa desterrada a ese fin del mundo . . ." (A, p. 50). Alguien le indicó que no era ella la única y le señalaron una india rubia de ojos azules "pintarrajeada de colores feroces." También era inglesa. La abuela de Borges se entrevistó con ella y esta última le refirió su extraña y singular historia: ". . . era de Yorkshire . . . sus padres emigraron a Buenos Aires . . . los había perdido en un malón, . . . la habían llevado los indios y . . . ahora era mujer de un capitanejo, a quien había dado dos hijos y que era muy valiente" (A, pp. 50-1). La abuela inglesa intenta convencer a la otra de que no vuelva a un mundo de barbarie; "la otra le contestó que era feliz y volvió, esa noche, al desierto" (A, p. 51).

Al adentrarnos en el estudio del cuento, convendría recordar lo que ya hemos dicho antes: Borges no escribe "las historias" del guerrero y de la cautiva, sino "la historia," en singular. El narrador lo anota de un modo ambiguo al final del relato, pero sin entrar en explicaciones. Más adelante veremos por qué la *historia* es singular.

Borges obtiene conocimiento del destino de Droctulft de tres textos que están relacionados entre sí y que representan tres épocas históricas marcadamente distintas: el texto de Croce (1942) que abrevia el del lombardo Pablo el Diácono (siglo VIII) y éste, a su vez, se nos da a entender cita el epitafio romano: "Contempsit caros, dum nos amat ille, parentes." Borges empieza el relato de la siguiente forma: "En la página 278 del libro *La poesía* (Bari, 1942), Croce, abreviando un texto latino del historiador Pablo el Diácono, narra la suerte y cita el epitafio de Droctulft . . ." (A, p. 47). Unos renglones más abajo, Borges abrevia, una vez más, el destino del germano con las siguientes palabras: "Tal es la historia del destino de Droctulft, bárbaro que murió defendiendo a Roma, o tal es el fragmento de su historia que pudo rescatar Pablo el Diácono. . ." Pero Pablo el Diácono es aquí una figura tan central como la del mismo Droctulft. Lombardo que aprendió el latín, Pablo decidió historiar, al modo romano, las aventuras y desventuras de su pueblo. Sobre él, escribe J.M. Wallace-Hadrill:

We should know comparatively little about the Lombards in Italy, and infinitely less about their earlier history, were it not that one of them—Paul the Deacon, son of Warnefrid—decided to follow the example of Jordanes, and write, as a Roman would, a prose account of his people's exploits.<sup>4</sup>

Pablo, pues, representa los albores de una nueva cultura, de un mundo nuevo: el italiano, resultado de la interacción del mundo de los bárbaros germanos, al cual él pertenece por herencia, y del mundo latino, al cual pertenece por adopción.

Por otra parte, una comprensión más amplia del "destino" de Droctulft narrado por Pablo y citado, a su vez, por Croce, presupone un *pasado compartido* por parte del lec-

tor moderno, un conocimiento aunque sea fragmentario a través de lecturas de la geografía y de las circunstancias históricas—muchas de las cuales hubieran caído en el olvido si no hubiera sido por personajes como el mismo Pablo—de esa tormentosa época de cambios. Así, las repercusiones de las palabras "un bárbaro que murió defendiendo a Roma" son extensas. Borges nos invita a "imaginar" a Droctulft en un hermoso pasaje del relato:

A través de una oscura geografía de selvas y ciénagas, las guerras lo trajeron a Italia, desde las márgenes del Danubio y del Elba, y tal vez no sabía que iba al Sur y tal vez no sabía que guerreaba contra el nombre romano. Quizá profesaba el arrianismo, que mantiene que la gloria del Hijo es reflejo de la gloria del Padre, pero más congruente es imaginarlo devoto de la Tierra, de Hertha, cuyo ídolo tapado iba de cabaña en cabaña en un carro tirado por vacas, o de los dioses de la guerra y del trueno, que eran torpes figuras de madera, envueltas en ropa tejida y recargadas de monedas y de ajorcas. Venía de las selvas inextricables del jabalí y del huro; era blanco, animoso, inocente, cruel, leal a su capitán y a su tribu, no al universo. Las guerras lo traen a Ravena y ahí ve algo que no ha visto jamás, o que no ha visto con plenitud. Ve el día y los cipreses y el mármol. Ve un conjunto que es múltiple sin desorden; ve una ciudad, un organismo hecho de estatuas, de templos, de jardines, de habitaciones, de gradas, de jarrones, de capiteles, de espacios regulares y abiertos. Ninguna de esas fábricas (lo sé) lo impresiona por bella; lo tocan como ahora nos tocaría una maquinaria compleja, cuyo fin ignoramos, pero en cuyo diseño se adivinara una inteligencia inmortal. Quizá le basta ver un solo arco, con una incomprendible inscripción en eternas letras romanas. Bruscamente lo ciega y lo renueva esa revelación, la Ciudad. Sabe que en ella será un perro, o un niño, y que no empezará siquiera a entenderla, pero sabe también que ella vale más que sus dioses y que la fe jurada y que todas las ciénagas de Alemania. Droctulft abandona a los suyos y pelea por Ravena. (A, pp. 48-9)

Para completar la proyección histórica de ese acto hacia el futuro, escribe Borges:

Al cabo de unas cuantas generaciones, los longobardos, que culparon al tránsito, procedieron como él; se hicieron italianos, lombardos y acaso alguno de su sangre—Aldiger—pudo engendrar a quienes engendraron al Alighieri . . . (A, p. 49)

Ahora bien, al examinar la historia de la cautiva notamos que, además de invertirse el proceso—Droctulft marcha de la barbarie a la civilización mientras que la inglesa-india ha descendido de la civilización a la barbarie—, no hay fuentes externas escritas y, mucho más importante, la extraordinaria dificultad para estimular la imaginación del lector ya que la experiencia de la vida de frontera en la Argentina de fines del siglo XIX sería dada a muy pocos y no podría constituir los fundamentos de un *pasado compartido* para un amplio grupo de lectores. Borges lleva a cabo ese cambio y codifica—como Pablo el Diácono—esa experiencia. Al narrar el encuentro de su abuela con la india-inglesa, escribe:

Quizá las dos mujeres por un instante se sintieron hermanas; estaban lejos de su isla querida y en un increíble país. Mi abuela enunció alguna pregunta; la otra respondió con alguna dificultad, buscando las palabras y repitiéndolas, como asombrada de un antiguo sabor.

Haría quince años que no hablaba el idioma natal y no le era fácil recuperarlo. Dijo que era de Yorkshire, que sus padres emigraron a Buenos Aires, que los había perdido en un malón, que la habían llevado los indios y que ahora era mujer de un capitanejo, a quien ya había dado dos hijos y que era muy valiente. Eso lo fue diciendo en un inglés rústico, entreverado de araucano o de pampa . . . (A, pp. 50-1)

Y entonces añade Borges la repercusión de esas palabras en la imaginación de quien conocía, de oídas o de hecho, la vida bárbara de esa región:

Eso lo fué diciendo en un inglés rústico, entreverado de araucano o de pampa, y detrás del relato se vislumbraba una vida feral: los toldos de cuero de caballo, las hogueras de estiércol, los festines de carne chantuscada o de vísceras crudas, las sigilosas marchas al alba; el asalto de los corrales, el alarido y el saqueo, la guerra, el caudaloso arreo de las haciendas por los jinetes desnudos, la poligamia, la hediondez y la magia. (A, p. 51)

He aquí transcrito, en un plano inmediato, el suceso de la india-inglesa entregada a la vida del desierto, y, en un segundo plano, *codificadas*, también mediante la escritura, las imágenes que despierta esa abreviación escrita de su destino.

Volvamos al relato. La india-inglesa rechaza los ofrecimientos de protección de la abuela de Borges, le indica que es feliz y vuelve al desierto. Poco después muere su marido, Francisco Borges, “. . . en la revolución del 74; quizá mi

abuela, entonces, pudo percibir en la otra mujer, también arrebatada y transformada por este continente implacable, un espejo monstruoso de su destino . . .” (A, p. 51).

El “destino” de las dos inglesas también se puede abreviar; ambas cautivas, las dos “arrebatadas y transformadas,” cada cual a su modo, “por este continente implacable.” Aún más. Las historias del guerrero y de la cautiva no son dos, sino una sola (de ahí, el título del relato). Porque Borges no ha estado hablando al lector de los caminos que llevan de la barbarie a la civilización, por un lado, y de los que conducen de la civilización a la barbarie, por otro, sino de los procesos que median en la estructuración de nuevas culturas. El singular destino último del guerrero y de la cautiva consistía en hollar los umbrales de lo que, con el tiempo, serían dos mundos nuevos; la joven cultura italiana y la joven cultura argentina y, por extensión, americana. Y Borges, en el contexto del relato, sirviéndose de un idioma ya de por sí estructurado (el español), pero al cual él intenta añadir nuevas representaciones (imágenes) pertenecientes a una experiencia americana, se ha constituido tácitamente en lo que para los lombardos fue Pablo el Diácono, quien también se vio impelido a intentar infundir a una lengua tan trabajada como ese latín tardío en el que escribe, nuevas experiencias de vida. Ambos, Borges y Pablo, se transmutan en codificadores de una porción de una memoria colectiva que, sin la escritura, hubiera quizá desaparecido para siempre.

Universidad de Puerto Rico

Clave de abreviaciones de obras de Jorge Luis Borges citadas en el texto. A=El Aleph (Buenos Aires: Emecé, 1961).

<sup>1</sup> Ana María Barrenechea, “Borges y el lenguaje,” *Nueva Revista de Filología Hispánica*, 7 (1953), 551-69, reimpresso en Jaime Alazraki, comp., *Jorge Luis Borges. El escritor y la crítica* (Madrid: Taurus, 1976), pp. 215-36. Citamos por esta edición, p. 225.

<sup>2</sup> Emilio Carilla, “Un poema de Borges,” *Revista Hispánica Moderna*, 29 (1963), 32-45, reimpresso en Alazraki, pp. 117-31. Citamos por esta edición, p. 127. Véase también la nota 23 de Carilla.

<sup>3</sup> Arturo Echavarría Ferrari, “Borges: teoría del lenguaje y de la literatura,” tesis doctoral inédita (Harvard, 1976).

<sup>4</sup> J.M. Wallace-Hadrill, *The Barbarian West. The Early Middle Ages: A.D. 400-1000* (New York: Harper Torchbooks, 1962), p. 43.